

Cine

Mandela como lección

Sebastián de la Nuez*



Título: *Invictus*

Dirección: Clint Eastwood

Protagonistas: Morgan Freeman, Matt Damon

Estados Unidos, 2009

El 11 de febrero de 1990 Nelson Mandela fue liberado tras 27 años de prisión.

La película *Invictus*, dirigida por el incombustible Clint Eastwood –basada en *El factor humano*, de John Carlin, periodista inglés radicado en España–, narra un episodio en la epopeya particular del líder sudafricano Nelson Mandela, tan sólo uno de tantos que han podido enfocarse. Eso es ya un acierto: el film no pretende ser exhaustivo, totalizador. Hubiera sido una pretensión estéril. Se detiene, antes bien, en el empeño de un grupo de jóvenes que practican el deporte nacional (heredado del sometimiento inglés): rugby. La meta de ganar la Copa Mundial que se avecina (1995) parece demasiado lejana, y sin embargo la apuesta es mutua: Mandela apoya al equipo con todo y sus colores tradicionales, nada de cambiar de apariencia aun cuando el país ha desechado el *apartheid* y ahora lo lidera un hombre negro. Los Springbroks inspiran devoción entre los *afrikaners* y cierto disgusto ante los nativos africanos. Es, por supuesto, un *team* de mayoría blanca, blanquísima. Mandela llama al capitán, encarnado por un muy rubio Matt Damon, y le infunde compromiso y coraje. Sudáfrica será país de hospedaje para la Copa y no es cuestión de amilanarse. En guionística se dice que a cada protagonista se le opone una contrafigura, para que exista un nudo dramático que haga avanzar la historia. La contrafigura trata de impedir que el protagonista realice su sueño o su crimen o lo que sea. Es una regla general y no hay más que fijarse en cualquier trama construida conforme a las reglas para ver esto.

En *Invictus* hay un personaje principal, Mandela, persiguiendo la reconciliación del pueblo de Sudáfrica. A Mandela no se le

opone exactamente un personaje. Se le pone un clima. Un cierto grado de crispación que se refleja en la relación entre el cuerpo de guardaespaldas negro que llega al palacio presidencial y el que antes servía a Frederik De Klerk, tipo CIA. Pero hay otros indicios de ese clima ominoso que hace temer hasta de una camioneta amenazante que al final resulta, nada más, una repartidora de periódicos.

Mandela contra el clima. Mandela contra la lógica del enfrentamiento. Mandela contra la posibilidad de una guerra civil.

La gran metáfora se resuelve el día en que el equipo nacional de rugby concita el fervor de negros y blancos en la Copa Mundial, sin importar que haya conservado los colores de antes. Los Springbroks enfrentan una final –contra Nueva Zelanda– evocada mediante una cinematografía de lujo. La secuencia contiene un alarde de trucos propios del cine más comercial (Eastwood sabe qué teclas tocar, qué imágenes deben ralentizarse para provocar altos grados de emotividad). Con todo y los trucos, la realidad y la ficción funcionan en la dirección en la que marchan los hombres como Mandela y las naciones decididas a superar las cicatrices del pasado, por muy doloroso que haya sido. Es una lección para el mundo pues la película, toda ella, es una bofetada a la intolerancia. El filósofo español Fernando Savater lo ha dicho de este modo: no se puede ser tolerante con la intolerancia. *Invictus* es prueba de ello pues, a veces, incluso una buena patada al balón es un recurso válido.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.